

dicación de los ataques á los fueros y á las provincias vascongadas»; más tarde escribió un discurso cervántico, y otras obras relativas al país.

Fué caballero de la Real Orden Americana de Isabel la Católica y Carlos III, miembro de la Academia Española, académico de La Cervántica, socio honorario de la Asociación euskara de Navarra, etc.

Y finalmente, nombrado rector interino de la Universidad de Vitoria, pronunció un discurso elocuentísimo el día de su inauguración.

Fué también padre de provincia.

Era tanto su amor á los Fueros, que en la nefasta sesión en que se abolieron nuestras franquicias y libertades, exclamó como guiado por una voz sobrenatural ¡Yo quiero morir con los Fueros!

Y en efecto, el 17 de Enero de 1878 exhalaba su último suspiro el distinguido jurisconsulto, eminente abogado, y defensor infatigable de los Fueros é instituciones de las provincias bascongadas.

JOSÉ MANUEL DE AGUIRRE-MIRAMÓN.

PINCELADAS DE BASCONIA



El Cristo de Lezo

Un día la trainera «Maricho», llegaba al puerto de San Sebastián abarrotada de sabrosa bocarta, pescado que gusta sobremanera, muy especialmente al habitante del interior de España; nadie esperaba semejante pesca y por lo tanto las cestas y demás utensilios pertinentes al cuadro de recoger la bocarta no estaban preparados. La embarcación entró al puerto remada por trece marineros, trece *arrantzales*, trece héroes que amenazaban al Cantábrico con sus fuerzas, que doblaban los remos con aquel espíritu desdeñoso á las asechanzas de las olas y á las alevosías de los mares. El patrón, hombre entrado en años, veía á su mujer cómo se afanaba por disponer cuanto fuese necesario para la tarea de desocupar y limpiar la trainera, buscando cestas, amarrándolas con cuerda para facilitar la subida del pescado, llamando

á sus compañeras, dando órdenes, dirigiendo el reparto de esas cestas en las que había de colocarse la bocarta para su próxima venta; todo ello con entusiasmo, con alegría, con gozo, con gritos que no amenazan, con ademanes francos, en todo lo cual predominaba el entusiasmo y amor al trabajo casi innato en la mujer vasca. Atraca la embarcación á un lado del muelle, junto á una escalerilla; es de ver allí la armonía que por aquel momento reina entre la gente marinera, la fê con que llevan á cabo su empresa, y la minuciosidad de los detalles propios de la faena; son de contemplar las diversas escenas que allí se dejan presenciar; el levantar de cestas llenas de bocarta, el gritar de los hombres y el contestar de las mujeres; el hablar puro, purísimo de nuestra imperecedera lengua, el rápido coser y preparar de canastos para la exportación, los diálogos chispeantes arrancando la risa á los allí presentes, y otros mil incitantes de curiosidad é interés.

El patrón, que se llamaba Juan María, no abandonaba la trainera antes que los suyos, haciéndola dejar de antemano, desocupada y limpia de toda suciedad. Aquella hermosa tripulación de valientes á los que ni el día tristón, ni las amenazadoras nubes, ni las encrespadas olas, ni el desencadenamiento de los vientos, ni la pobreza que les perseguía lograbán contener su valor para luchar contra los mares y los elementos, no tan solo un día, sino semanas, meses, años, en fin, toda la vida de privaciones y jornadas penosas y de lucha; había logrado aquel día hacerse con algunos ahorros, vender el fruto de sus penalidades á un precio que les proporcionó cierto desahogo, mayormente habiendo notado que ninguno de sus compañeros consiguió pesca alguna, apesar de las trabajosas faenas que habían realizado. El contento, pues, abrigaba la nobleza de aquellos corazones.

Josecho, era el hijo de Juan María el patrón; hermoso ejemplar de tipo genuinamente basco; como hijo único, el amor efusivo de sus padres derramábase á torrentes sobre la idolatrada criatura; aquel niño que contaba á la sazón unos diez años había presenciado desde uno de los puntos de Kai-arriba, la llegada de la trainera, había visto á su padre trabajar con el remo y llegar al muelle después de un día pasado en alta mar, con aquel frío que paralizaba los miembros; le había visto medio rendido y con el rostro pálido aunque alegre, le veía siempre trabajar sin descanso, le veía atravesar los agitados mares á los cerca de 65 años; le veía arengar á sus tripulantes con manos demacradas; le veía, en fin, sacrificarse, perder años de vida, arrostrar peligros,

exponerse no pocas veces á la muerte y, ¿todo por qué?... , por aquella mujer que tanto le ayudaba, por su cristiana esposa y ¡ah! por Josecho, por aquel Josecho, inolvidable afín de sus afanes. ¡Cuánto le querían! Una vez que la tripulación juntamente con su patrón saltó á tierra, Josecho se presentó al instante para abrazar á su padre, el patrón de la trainera; la presencia del niño no pudo menos de extrañar á toda la tripulación que le recibió en medio de agasajos y cariños sinceros. Ah! es que aquel niño no podía ocultar el dolor acerbo é incomprensible que le producía ver á su anciano padre, encanecido, casi agotado de energías, con un aspecto de sufrimiento y encorvado, luchar con el embravecido mar; erguirse en su trainera sobre los trece más jóvenes marineros; salir del hogar a la aurora; abandonar el descanso; seguir trabajando siempre, siempre, sin más amparo ni otra defensa que la de ser pescador, pobre, muy pobre *arrantzale!*

Josecho, que ya contaba catorce años, corrió allí después de haber presenciado su entrada en el puerto, al cabo de muchas horas de constante trabajar; quiso desde el momento bajar á la embarcación y aprender á remar, pero comprendiendo que no podía hacerlo, díjole á su padre, en medio de la general atención de los marineros...: *Atta-cho!* es menester que yo aprenda á remar; que yo reme porque quiero ir yo al mar y que V. se quede en casa; quiero, en lugar de V. dirigir yo la trainera. En efecto, su vejez le obligaba á abandonar las tareas penosas de la pesca y llevar una ancianidad reposada, de tranquilidad, sirviéndole el mar como de recreo en los ratos de ocio; era necesario que el reino fuese trocado por el entretenido mus, que durante las largas veladas del invierno pudiera disfrutar en medio de la tranquilidad del hogar; era necesario que á los vientos que azotaban su rostro, sustituyera la calma de la tertulia familiar; al rumor de las procelosas ondas la lectura preciosa del «Cancionero Basko» entre el continuo remover de la lumbre por la mano de su esposa querida; al torbellino de los vientos la apacible campana del Angelus; al ruido monótono del hundirse de los reinos, el canto sentimental de nuestros populares y antiguos aires bascongados; á las zozobras del mar, las alegrías de la tierra; á la agitación, el descanso; á sus continuados y largos sacrificios, la justa recompensa de acabar dulcemente sus días.

Aquellos trece hombres habían quedado encantados al oír al precoz y resuelto muchacho; su padre le abrazó estrechamente, quiso hablar pero no pudo; sollozó nada más. Juan María no era posible que

hablara; al cabo de un rato, dijo: hijo de mi alma, eres muy joven todavía para dedicarle á las rudas faenas de la pesca; eres muy joven y no puedes soportar las asperezas del mar; acabas de realizar el acto solemnísimos de tu primera comunión. Atendidos tus anhelos, la próxima semana te llevaremos en la trainera para que así comprendas mejor las penalidades que de continuo sufre el *arrantzale*; pero antes, y como costumbre tradicional entre la gente de mar, hemos de hacer nuestra visita anual al Santo Cristo de Lezo para darle gracias por tanto favor que nos alcanza y pedirle su bendición.

A los pocos días, y cumpliendo inmemorial costumbre, toda la marinería fué á postrarse humilde ante la milagrosa imagen del Cristo; allí oraron todos por espacio de unos minutos y colocaron la ofrenda destinada al santuario; Josecho besó, á una con los *marñelak*, los piés de la augusta efigie y todos juntos abandonaron el santuario, después de haber renovado su voto, de seguir teniendo al Cristo como guía de todos los navegantes y esperanza única en los mares.

ADRIÁN DE LOYARTE.

(Se concluirá)

MARINOS ILUSTRES GUIPUZCOANOS



EL GENERAL GOMENDIO

Contemporáneo y amigo de Churruca, juntos pelearon en más de una ocasión, y como el héroe de Trafalgar, fué también Gomendio uno de los marinos ilustrados y valientes de su tiempo.

El día 4 de Octubre de 1841, las campanas del antiguo condado de Oñate doblaban á muerto y la vecindad dedicaba una oración por el alma del difunto.

Había espirado el anciano marino Gomendio á los ochenta años de edad.

La hoja de servicios de este distinguido guipuzcoano revela una carrera brillantísima.

Bajo el mando del insigne Barceló desempeñó cargos muy impor-

PINCELADAS DE BASCONIA



El Cristo de Lezo

(CONCLUSIÓN)

¡Qué alegre volvió Josecho á su casa! ¡Con qué candor relató á su madre todos los detalles que pudo observar en el santuario de Lezo! A los pocos días llenaba su vehemente aspiración; el padre lo llevó á la pesca, con objeto de que lograra lo que con tantas instancias se lo había rogado. Transcurrió el día con toda felicidad salvo algunos ligeros mareos que el muchacho experimentó como primera vez que había embarcado. La trainera estaba lejos del puerto. El día declinaba sus cansadas fuerzas sobre la noche que, pujante, avanzaba entre el silencio y angusta soledad de los mares. El retorno de la embarcación se verificaba con toda velocidad: los trece remeros avanzaban con titánicos movimientos hacia el puerto que abandonaron. Todos remaban á compás, como si una fuerza magnética hiciera jugar aquellos fornidos brazos, como si el cansancio y agotamiento de energías fuera un mito para la gente pescadora. Josecho admiraba aquella precisión, le enardecía el ruido armonioso de los remos; cada vez le gustaba más la vida del mar.

De repente, el movimiento cesa, los remos ladean, el patrón colócase en pié, la trainera se convierte en juguete de los flujos y reflujos, y toda la tripulación se descubre... Es la oración á bordo de un fragil maderamen.

Cuadro sin igual: el sol en su período agónico sombrea con colores rojos la delgada embarcación; el siseo de la oración se confunde con el ruido de las olas; en la popa, el patrón venerable parece que con su majestuosidad hace recordar el poder absoluto de la Providencia; en la proa el débil niño angelical trae á la memoria la pequeñez de aquellos

seres ante la eterna grandiosidad de la obra del Creador; todo convidaba á meditar la infinita hermosura de Dios: el silencio de la soledad imponente; el mirarse de los cielos y los mares; el pausado acercarse de la noche; el maravilloso surgir de las estrellas; el cuadro inimitable de la embarcación en medio de tantos hermosos cuadros de la naturaleza; el colosal astro del día abandonado por la noche serena del oriente y recogido cual mísero mendigo por el esplendoroso día del Occidente; el cambio original de luces y colores; el rápido cubrirse de las nubes por el tinte obscuro de la noche. Es un cuadro imposible de ser reproducido por el hombre; su grandiosidad abarca multitud de pensamientos y de paisajes sentimentales.

Josecho rezó con fervor acordándose de aquel Cristo que vió en Lezo y al que tenía que volver a visitar. Envidiaba en aquel solemne momento, más que nunca, á su padre; envidiaba también á los marineros que, con aquel acento de piedad, respondían al unísono a la hermosa oración del patrón.

Pasaron ya algunos años, en los cuales Josecho se familiarizaba entre la gente de mar: arreglaba aparejos; estañaba anzuelos; de cuando en cuando daba una mano de pintura á la trainera; de color azul pálido llevaba la faja de la parte superior, en la que Josecho invertía toda su habilidad por tratarse de un color que le era simpático y, que al mismo tiempo, le recordaba el del manto que ostentaba la Purísima Concepción de su parroquia; en el muelle gustaba, sobremanera, su carácter y todos le presagiaban había de conservar la continuidad de aquella gran fama de que gozaba su padre, el viejo y respetado patrón de Maricho. Cansado ya éste de la vida de marino, llamó un día a Josecho; qué hay padre? le contestó el muchacho: hay que hacerse á la mar, esta madrugada hemos de salir para que te habitúes al manejo del remo y dirección de la trainera. Conforme, padre; tenemos viento favorable; la brisa parece de buen día, no hay cuidado á borrasca. ni tempestad, ¡adelante! vamos mar adentro.

En efecto, al rayar el día la trainera estaba ya de marcha y Josecho en la dirección de la misma, con la compañía de sus trece tripulantes y su padre Juan María, que todavía no acababa de dejar, por completo, los trabajos del mar; así pasaron meses y meses, alternando padre é hijo en el cargo de patrón y amo de Maricho. El trato amable del intrépido joven, sus iniciativas en todas las ocasiones propicias, aquellas

arengas á la tripulación en momentos de temporal; el hábil manejar del remo; la fuerza de atleta de que Dios le había dotado; todo ello, unido á otras condiciones de carácter, hicieron de él digno y querido sucesor de su padre.

*
* * *

Era el mes de Diciembre y la trainera, como de costumbre, salió del puerto de Donostiya á las faenas ordinarias; al pisar la embarcación el padre hizo mirar hacia el cielo á su hijo, prediciéndole, al mismo tiempo, un futuro temporal; la marinería discrepaba de su opinión, sosteniendo la idea de que á pesar del viento sur que reinaba, el temporal no amenazaba, por lo menos, durante el día; volvió el viejo patrón á insistir, robusteciendo su afirmación por medio de varias citas de casos análogos, y lo que más fuerza le daba, por su larga y continúa experiencia. Aquel día habíase cumplido uno de los aniversarios del *debut* de Josecho en el mar, y por lo tanto nadie faltó á la misa de la aurora... Desapareció la Maricho.

Nada anormal ocurrió por la mañana, pero pasado el medio día salió un viento sur brusco y de plomo, se despedazaron cristales; las puertas de las ventanas producían un ruido infernal; algún mirador que otro fué arrancado de cuajo por el feroz viento; en el puerto se iban tomando precauciones; los buques surtos en él, redoblaban sus amarras; faltaban muchas embarcaciones y la impaciencia era objeto de muchas gentes; las mujeres, que tranquilas remendaban las redes, levantáronse presas de un estupor y miedo justos; el mar crecía cual nube de humo, y sus encrespadas olas barrían gran parte de tierra firme; el cielo se encapotó de tal manera, que a las nubes de azul celeste sucedieron las de azul prusia oscuro. ¡Qué impaciencia! ¡Qué temor! Los esposos, los hijos, los hermanos, los pedazos que faltaban en el hogar, los seres queridísimos de la familia; todos, todos faltaban. El aguacero comienza; arrecia la lucha de los elementos; se vislumbra algún siniestro relámpago y.... nadie ha llegado al puerto. Los gritos, las angustias, el mirar vehementísimo de aquellos ojos en todas direcciones, ofrecían un cuadro de tristeza ¡Noticias! ¿De dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? No las había. Por fin, aquellos ojos fuera de sus órbitas, aquellos seres en estado de desesperación, logran ver una embarcación que lucha horriblemente con la tempestad; al poco rato llegan á puerto una, dos,

hasta dieciocho embarcaciones; entre los bramidos del temporal; el caer de torrentes de agua; el sordo ruido del trueno; el agudo silbar del viento y el aniquilamiento de fuerzas que se consumían de tanto remar. Ya en tierra, las preguntas se sucedían sin cesar; casi mudos, consternados, con semblantes cadavéricos y cuerpos abatidos por la humedad, contestaban ¡todavía falta una!! ¿cuál? ¿cuál? se preguntaban todos en confusión. Faltaba «Maricho» la famosa trainera mejor pintada del muelle: se pidieron noticias, telegrafióse á distintos puntos de la costa... todo en vano, la lancha no aparecía y la desesperación de las mujeres inspiraba verdadera lástima y compasión. ¡Hermoso ejemplo! En medio de aquellas horas angustiosas llenas de zozobras é inquietudes y cuando después de la llegada de todas las embarcaciones faltaba aún la Maricho, las desesperanzadas mujeres buscaban el rosario, dirigían plegarias, clamaban al Todopoderoso, corriendo muchas de ellas á la iglesia de Santa María á colocar velas de cera en los altares del Cristo y de la Dolorosa, implorando á la vez á Nuestra Señora del Coro. ¡Rasgo característico de la mujer bascongada!

Un ronco silbido se oyó á lo lejos; las mujeres distinguen un vapor que lucha contra la impetuosidad del mar; va acercándose; se quieren mandar auxilios del puerto pero... imposible, era exponerse á una hecatombe; inmenso gentío presencia la escena, divisando detrás del buque una lancha que á duras penas traía á remolque. La impaciencia desesperada de las mujeres quería conocer á todo trance si era la trainera Maricho; la única que faltaba; la que había llevado del puerto trece valientes marinos; al cabo de esfuerzos poderosos consigue entrar en el puerto; aquel buque de pesca conducía á bordo toda la marinería de la trainera; había zozobrado en alta mar sin que sus compañeros se apercibieran; todos lucharon por más de una hora entre las terribles embestidas de las olas, hasta que acertó á pasar por allí el vapor de pesca que condujo á los marineros.

Josecho! Josecho! exclamó su madre llenándole de abrazos, preguntó por su padre, al mismo tiempo que las esposas preguntaban por sus esposos; el cuadro fué doblemente trágico. Josecho, triste, tristón, con lágrimas amargas como las de un ser que pierde para siempre á otro ser queridísimo, no articulaba palabra; corría su madre, preguntaba á toda la tripulación y oh! fatal tristeza; el patrón pereció entre las olas, murió en el mar. Aquella mujer desolada se abalanzó á su hijo y, abrazándole por segunda vez, rompió en gritos de angustia y descon-

suelo: en vano las gentes trataban de poner lenitivo á aquella pena inmensa; en vano querían mitigar el dolor de un corazón grande, que también con grandeza de alma amaba á su compañero de la vida; en vano fué todo.

*
* * *

Fríos y temblorosos dirigiéronse á sus casas donde se les tenía preparado todo lo necesario para el pronto alivio de aquella pobre gente.

Josecho, como joven robusto, resistió con más empuje los efectos de aquella hora angustiosa; sin embargo, se mantuvo en cama algunos días, á cuyo lado su madre no cesaba de llorar, ni de orar por el alma de Juan María á quien tanto amaba.

Durante aquellos días la humilde casa de Josecho fué hormiguero de visitantes que ansiaba conocer los detalles del desastre. Este narra-ba lo sucedido con aquella sonrisa que tan peculiar era en sus labios, al mismo tiempo que sendas lágrimas empañaban sus grandes ojos, recordando el fin último de su desgraciado padre.

A las once de la mañana de aquel desgraciado día, decía, toda la marinería se hallaba convencida de lo presagiado por el valiente patrón Juan María momentos antes de la partida de la embarcación, aquellos nubarrones que amenazaban formando grupos, cual hambrientos leones, fueron la primera señal que nos hizo volver á tierra; remabamos con verdadero esfuerzo, pero estábamos muy lejos y la tempestad nos impedía continuar con velocidad; las olas que airosas se levantaban sobre nosotros anegaban la embarcación y nos empapaban las elásticas y ropas; nuestro pobre padre nos arengaba con verdadero ánimo, el viento arremolinaba hacia la embarcación fuertes golpes de mar; á nadie veíamos; sin duda alguna, todos nuestros compañeros marcharon de arribada ó se refugiaron en otros puertos de la costa; estaban nuestros ánimos rendidos; nuestras fuerzas consumidas, y á la vista de aquel cuadro terrorífico de relámpagos; sordo ruido de truenos, cual rugidos de fieras salvajes; lluvia torrencial; viento huracanado, etcétera, me acordaba del Santo Cristo de Lezo, á quien debo mi vida entera.

Así continuamos durante tres cuartos de hora sin apenas poder avanzar, cuando de repente la ola que hizo lanzar un grito de terror á toda la marinería nos envolvió á todos, zozobrando la embarcación,

cual barquilla de virutas. Momento terrible fué aquel para todos; quedamos sumergidos durante unos seguidos bajo el agua; cuando nos vimos á flote, la lancha estaba quilla al cielo á larga distancia nuestra; comenzamos á llamarnos con gritos desgarradores; ¡aita! ¡aitacho!! ¡aitacho!!! gritaba yo sosteniéndome entre el remolino de las olas; á los primeros llamamientos míos me respondió con voz muy débil que apenas escuché. ¡Josecho!! me gritó por segunda vez, al par que el pobre luchaba también como yo, aunque imposibilitado para una larga resistencia á causa de sus años; ¡Ariyo Josecho!! *Ezin det geyago!!*

 fué el tercer trémulo grito suyo; grito que me hizo concebir un esfuerzo sobrehumano por salvarle, pero imposible!..... pereció!..... se hundió en el fondo de aquel eterno caos! pronunciando por última vez su adorado nombre de Josecho.

Entre tanto los demás continuábamos en aquel desesperado trance, escuchando gritos de angustia, ayes de desesperación; nuestras tristes miradas se dirigían al cielo en aquel momento en que conseguimos acercarnos á corta distancia los unos de los otros para dirigir la postrema plegaria á la Madre de Dios, guía de los navegantes. Yo invoqué no pocas veces al Cristo de Lezo: por tu sangre del Calvario sálvanos!!

Nuestras fuerzas no podían resistir por mucho tiempo; con el temporal nos parecía haber llegado el fin del mundo y el de nuestras vidas; las olas habían arrastrado hacia nosotros la trainera; nos asimos á ella desuñándonos y destrozando todos nuestros dedos; ya concebimos alguna esperanza; intentamos volver la embarcación; ¡en vano!... todos juntos hicimos promesa de visitar al Cristo de Lezo si nos salvábamos. ¡Con qué humildad rezábamos sobre la superficie de aquel tempestuoso mar! ¡Con qué fé! Nos tiritaba todo el cuerpo; el agua en férvidas corrientes nos envolvía á todos, pero... siempre rezábamos, ere el único auxilio y consuelo que nos quedaba; allí me acordaba, en medio de tanta desolación y llanto, de la preciosa plegaria que al caer de la tarde me enseñó mi madre tantas veces, la oración á la Virgen del Carmen. Es que cuando se acerca el momento supremo; cuando ya no existen ni padres, ni amigos, ni nada de este mundo y parece que uno va á mostrarse frente á frente del mismo Dios, no hay corazón por endurecido que se encuentre, ni labios por mudos que hayan sido para las prácticas religiosas, ni oídos por cerrados que se hayan mostrado á las enseñanzas de la Iglesia, que no prorrumpen en aquellos

momentos aciagos y terribles; ni dejen de escuchar, por lo menos, un misericordioso *Jaungoikoa*; un grito de perdón y piedad hacia Dios.

Por fin nuestros empañados ojos divisaron un buque de pesca que, aunque también se veía apurado, avanzaba bastante; fué el momento de verdadera alegría; llegó nuestra salvación, redoblamos los gritos y el barco se acercó; costóle no pocos esfuerzos á la marinería luchar con el inesperado temporal, pero pudo cogernos y amarrar la trainera *Maricho* a su popa. Ya desde entonces nos dábamos por salvados, pues el buque era de bastame porte y, aunque con dificultad, podía vencer el temporal.

Y después de todo lo ocurrido ¿todavía piensa V. continuar en las faenas del mar? interrumpióle diciendo uno de los allí presentes, á lo que Josecho contestó: no hay duda alguna, pues ¿acaso un temporal pasajero es algo para abatir el ánimo del pescador?, ésto pasará como todo pasa en en este mundo y aunque ese hambriento mar no se harte de devorar á sus propios hijos ¡no importa!, el pescador, el *arrantzale*, nunca jamás ha de dejar de ser *arrantzale*.

Respuesta viril, en la que Josecho patentizó una vez más las hermosísimas dotes que siempre lleva consigo el marino basco; fé, consecuencia en las empresas, constancia en las faenas del mar, austeridad en su vida y costumbres, y siempre, siempre, á pesar de sus desgracias, contratiempos, crisis económicas, momentos aciagos y otros mil infortunios, propios de la clase menesterosa, siempre continuará siendo pescador, *arrantzale*.

Algunos días después marchaban todos los de la trainera *Maricho* á dar gracias por la salvación de sus vidas y orar por el alma de su buen patrón Juan Maria, á los piés de la milagrosa imagen del Cristo.

Salieron algo mustios, desconsolados, como á quien algo le falta, sin esperanza alguna de volverlo á poseer.

Brillaba el lodo de la carretera acusando el tono de un gris oscuro; las vistas de los paisajes frescos y amenos; el constante rodar de carros y coches por la carretera, que desde Donostía conduce á Lezo; las villas caprichosas adornadas por jardines vistosos; la presencia á un lado y otro de las ingentes montañas bascas; de cuando en cuando el cencerreo de ganados que conducían estridentes carretas al grito del ¡aida!; el fugaz vuelo de pajarillos que cruzan la carretera al piar dulce y agradable; la luz meridiana vivificando la naturaleza y llenándola de armónicos resplandores; todo ello unido al tráfico del puerto de Pasa-

jes que á su vista sé presentaba; á las cargas y descargas que de los buques se hacía con el monótono rodar de las cadenas; al movimiento de trenes y tranvías; al traqueteo de máquinas y volantes que, á su paso de Rentería, notaban escuchar sus oídos, y otros tantos y diversos cuadros que al paso de la comitiva surgieron, nada llenó de gozo las almas todavía bien tristes de aquellos marineros; nada aliviaba la situación angustiosa en la que se hallaban con la pérdida irreparable de Juan María.

Aquel venerable Santuario, levantado entre la austera soledad de la aldea, cual si en ella surgiera la oración con el recogimiento más augusto y los corazones se dilataran en medio de consuelos nacidos en el silencio; aquel Cristo solitario parece escuchar desde allí el eco de la voz sonora que desde las ciclópeas y gigantestas montañas que rodean el santuario, dirige humilde el campasino al levantarse á la aurora; las aguas del Cantábrico en cuyas ondas se quiebran los resplandores del sol formando en su desarrollo misteriosos tijeiteos con colores de oro y púrpura, ellas conducen el ruego sincero del *arrantzale* héroe del mar; allí solos Josecho y sus amigos, apenados por la desgracia, elevaron plegarias al cielo.

Sí, ante el Cristo de Lezo, ante esa imagen venerada y reverenciada por todo el solar basco y por sus hijos desde allende los mares; ante aquella imagen á cuyo socorro no dejan de acudir gentes de todos los pueblos y habitantes de muchas regiones; allí donde vestido de púrpura y terciopelo hace recordar los gritos de gratitud y las gracias de incontables favores que miles de peregrinos han de dirigir y con entusiasmo evocar; allí se ven los trofeos é impedimentas que lo sobrenatural ha arrancado á lo terrenal, y como mensajeros elocuentes cantan en himnos gloriosos las victorias de la fé y la religión; allí donde al toque milagroso de la credulidad sobrenatural han encontrado alivio los organismos enfermos y los cuerpos lacerados; allí donde tantas lágrimas son enjugadas y tantos gritos ahogados por la benéfica y milagrosa acción de la religión católica; allí encontraron consuelo espiritual Josecho y sus amigos; ante el Cristo de Lezo elevaron preces, derramaron lágrimas, preces y lágrimas que volaron á inefables regiones.

ADRIÁN DE LOYARTE.

